

Susana Zanetti, *La dorada garra de la lectura. Lectoras y lectores de novela en América Latina*

Rosario, Beatriz Viterbo Editora, 2002, Ensayos Críticos, 445 páginas.

Precedido por una nominación entre subjetiva y objetiva, entre metafórica y metonímica —pues la “dorada garra” de la lectura apela a la sustitución tanto como al desplazamiento del acto de leer— el subtítulo explica, delimita, distingue en el espacio latinoamericano modalidades genéricas: según el ritmo de la sintaxis primero nombra a las “lectoras” y después a los “lectores”. Teatralidad por orden de aparición que pone de manifiesto la condición ineludible para toda lectura: el cuerpo y sus diferencias de género. Pero el subtítulo —repetámoslo: “lectoras y lectores de novela en América Latina”— recoloca la nominación en un campo semántico más rico, más ambiguo, más sugerente: las y los que leen, ambos, devienen lectoras y lectores “de novela”: incrustados tanto en la forma genérica de novela como en la semántica de la frase coloquial, esto es, su sentido de espectacular, fantástico, de lo ficticio entendido como éxtasis de la existen. Sólo lo ficcional, ese atributo que devela lo certeramente novelesco, puede hablar de lo que pertenece de lleno al capítulo de la sensibilidad. Lo novelesco es, entonces, la condición moderna de la lectura: este es el punto de partida del libro.

En este libro de crítica literaria, como no podía ser de otro modo, la autora misma se sitúa primero como lectora y, desde este lugar no solamente de autorreflexión sino también de autorrepresentación, logra conjugar dos perspectivas: adherir hasta hacer que se rocen, la lectura refinada, vorazmente hedonista, con esa otra lectura imperativo-categorica, inspirada sí en una crítica del gusto, pero casi regida *kantianamente* por una crítica del juicio. En otras palabras, el libro conjuga el placer y la enciclopedia, el paseo por libros y textos e, inmediatamente, el deber que atañe a todo latinoamericanista que se precie de tal, un leer a gusto y por gusto y la inexorable responsabilidad de analizar e interpretar los textos inesquivables a la hora de construir un canon de la literatura latinoamericana. Doble patria, doble raigambre que puede escandir el ritmo de un libro como éste entrañado necesariamente en la experiencia personal, *La dorada garra de la lectura* es una tentativa que recoge de lo vivido la mínima garantía necesaria para sostenerse como libro:

Trabajé en Eudeba y en el Centro Editor, en las colecciones populares de literatura argentina e hispanoamericana. Contribuímos, creo, a la conformación del público lector de las últimas décadas. Cuando dirigía la colección Las Nuevas Propuestas, continuación de la Biblioteca Argentina Fundamental que acompañaba la segunda edición de “capítulo” a mi cargo, recuerdo que se me iba la vida en lograr una nueva edición de “Muerte y transfiguración del Martín Fierro” de Martínez Estrada, para dar un ejemplo entre muchos otros, y siempre me ha quedado flotando una pregunta sin respuesta: *Qué sabía yo de los deseos del público. Tratando de desbrozar apenas este problema escribí este libro.*

Por estas razones imbuidas en el campo de la experiencia (en el sentido que el idioma alemán infunde a la palabra *Erfahrung*), es posible plantear que lo vivido oficia de pretexto: como borrador y como impulso de la escritura en tanto es la fase posterior del acto de lectura, primero y primordial. De allí que en ningún momento, se haga metafísica con la lectura; el suyo más bien es el trabajo de una arqueóloga que comienza por remover la tierra de su campo y se dispone a encontrar en él las piezas que hacen falta para armar una historia social y cultural de la literatura latinoamericana. Inscripto en los estudios historiográficos, culturales, sociológicos y literarios más relevantes de América Latina desde la Colonia a la Contemporaneidad, este libro cartografía, a través de un método genealógico, todo lo que tiene que ver con los sujetos-lectores. Como sabemos, el método genealógico en el ámbito de la literatura latinoamericana debe enfrentarse con la tarea de desandar y reedificar las significaciones literarias muchas veces sobre las ruinas del continente americano, asolado y aniquilado por la Conquista, del cual emerge sin embargo una construcción transcultural, un palimpsesto de signos supervivientes que van conformando los procesos identitarios de la sociedad. Como siempre ocurre, el libro verdadero se hace ver más allá de los propósitos explícitos de su propio autor. Por eso los conceptos que Zanetti utiliza para llevar a cabo sus deliberados propósitos no solamente configuran una constelación de naturaleza expansiva sino también se despliegan en capas superpuestas de sentido respecto del “núcleo” que organiza todo el libro, a saber, las escenas de lectura, la representación de los modos de leer, los pactos de lectura, el imaginario que suscita el acto de leer:

1/ Este núcleo —verdadero principio constructivo de este libro— transmite los componentes del

imaginario cultural de América Latina capaz de crear enlaces y religaciones, a su vez, entre órdenes tan inasimilables el uno al otro como es la literatura y la vida; 2/ este núcleo es un dispositivo de múltiples orientaciones: los lectores son, por un lado, sujetos (agentes que poseen una identidad y están situados en la historia) y, por otro, son personajes de novela; 3/ otorga, además, en su ficcionalización, un espesor histórico: distinguen épocas, costumbres, gustos, convenciones y proveen además al discurso crítico de las diversas temporalidades que puntúan las significaciones ancladas plenamente en la historicidad; 4/ así mismo establece conexiones con la identidad de sujetos que se quieren situar en el espacio nacional durante el siglo XIX y el XX, funda a través de lo novelesco la representación moderna de esos sujetos, sus morales, sus modos de pensar lo cultural, de vivir las relaciones sociales; 5/ este núcleo pone en crisis, por otra parte, el proceso de identidad latinoamericana en la medida en que no lo muestra como un proceso homogéneo sino, por el contrario, una identidad-en-movimiento, nunca estática y fija, una identidad que se va inventando a sí misma al ritmo de los acontecimientos históricos, en sus inflexiones económicas, en sus construcciones culturales; 6/ este núcleo, finalmente, es una constelación expansiva de conceptos que se vuelven todos adláteres, congéneres unos de los otros, sin los cuales es imposible pensar (en) los sujetos-lectores latinoamericanos.

Intentamos, ahora, un somero y panorámico inventario de las nociones que conforman esa constelación, de ese fondo múltiple y complejo que contextualiza a los sujetos-lectores: el libro y la función que cumple en la cultura latinoamericana; la historia de su censura, de sus condenas al fuego; la industria editorial y las políticas de alfabetización y de escolarización; la impronta de una historia de la imprenta en Latinoamérica; los procesos sociales de identificación con modelos que van de lo pedagógico a lo político, de la educación estética del hombre a la formación instructiva de la figura del intelectual; el cruce entre la lucha contra el analfabetismo y el atraso y la restauración educativa de sectores más amplios de la sociedad. La lista no es completa e, incluso, y también como prueba, el libro inspecciona otras micrologías con sus respectivos espacios: la creación de librerías, de bibliotecas populares, de clubes de lectura; la apelación a libros censurados, a panfletos clandestinos, a folletos perdidos en el pasado de Latinoamérica. Desde esta reconstrucción minuciosa de un contexto tan vasto como inagotable, el mayor valor de este libro es su contribución a la crítica en vistas de llenar el vacío existente de una Historia social de la Literatura Latinoamericana. Desde el libro de Carrió de la Vandera, del siglo XVIII a los de José Emilio Pacheco y Armonía Sommers, se enfrenta constantemente a los problemas de esta falta, de esta incompletud. El uso constante del excurso en el cuerpo del libro demuestra hasta qué punto la literatura es el lugar excéntrico y excedentario desde donde es posible interrogar sobre otros campos y jurisdicciones.

Otra de las tesis de este libro: la literatura latinoamericana, en su heterogeneidad cultural y su naturaleza híbrida, es tanto lo descentrado como descentrante; su espacio simbólico detecta así lo rechazado como residual de los otros saberes y disciplinas y asume como propio la otredad. Desde esta perspectiva, *La dorada garra de la lectura* es un libro para latinoamericanistas preocupados por los procesos culturales que atraviesan el campo de la literatura latinoamericana y “los problemas” que la constituye: Carrió de la Vandera ejemplifica la cuestión de la condición colonial como el dispositivo de denegación de identidades; las cartas de amor de Carmen Arriagada al pintor Rugendas, al ser leídas como literatura, deja ver la condición femenina en el horizonte ilustrado del siglo XIX; Lizardi, el letrado republicano, emblematiza la formación de un público lector amplio como requisito de consolidación de la Nación; el capítulo dedicado a *María* de Jorge Isaacs introduce, de un modo deslumbrante, la manera como la lectura impulsaba el desborde sensual del cuerpo enamorado; la novela de José Emilio Pacheco es el pretexto de una lectura sobre el genocidio en su relación con la barbarie de la historia. Sin embargo, habría que decir que el libro no piensa estos ejemplos como “novelas ejemplares” sino, más bien, como modelos de lectura que revelan no poco sino bastante la constitución de un sujeto latinoamericano desde el criollo reformista tal como aparece en *Lazarillo de ciegos caminantes* a la mujer letrada e ilustrada en la figura de Carmen Arriagada, pasando por el sujeto erudito de Carpentier, el sujeto alienado de Manuel Puig, el sujeto devastado en José Emilio Pacheco. La novela —parece ser otra de las hipótesis del libro— es el ámbito de la constitución moderna de la subjetividad y se lo prueba en dos sentidos: por un lado, el corpus de la literatura latinoamericana demuestra hasta qué punto el núcleo de lo moderno es la esfera estética, la esfera de una percepción que organiza la subjetividad a través de experiencias de lecturas y, por el otro, no deja de lado el otro cuerpo, el verdadero, el de carne y hueso, que es, en definitiva, el sostén de todo acto de lectura.

Enrique Foffani